

BIBLIOGRAFÍA

LANDENNE, Philippe, *Resistir en la prisión. Paciencia, pasiones, evoluciones*, Bruselas, Lumen Vitae, 1999, 272 pp.

Al leer el mensaje de Juan Pablo II, del sábado 24 de junio de 2000, pidiendo clemencia para los encarcelados de todo el mundo, me ha parecido oportuno escribir esta nota sobre el libro *Resistir en la prisión. Paciencia, pasiones, evoluciones* (Bruselas, Lumen Vitae, 1999, 272 páginas), del jesuita Philippe Landenna que, además de interesar a diversos especialistas (penitenciarios, educadores, trabajadores sociales, criminólogos, religiosos, voluntarios, etc.), ofrece información y reflexiones de suma importancia para el público en general, porque trata problemas que nos afectan a todos los ciudadanos más de lo que creemos. Todos somos —en grado mayor o menor— responsables de lo que sucede en las prisiones. También somos beneficiarios, si contribuimos a resolver esa tragedia dignamente.

Philippe Landenne ha colaborado en la Capellanía penitenciaria ya desde 1975, durante sus estudios universitarios; y actualmente trabaja como sacerdote en la prisión de Lantin, en Bélgica. Desde el 23 de abril hasta el 18 de julio de 1991, ha interrumpido su trabajo para vivir, en la cárcel suiza de Bellechasse, cerca de Fribourg, como un preso cualquiera, siguiendo el régimen común, sin excepción alguna. Todos los demás internos y los funcionarios sabían que él es sacerdote, pero desconocían que, desde hace varios años, trabaja —en plena dedicación— como miembro de una Capellanía penitenciaria en una prisión belga.

Pidió entrar en la cárcel y permanecer en ella tres meses por diversos motivos: para conocer en propia carne las tragedias increíbles ocultas dentro de esos muros y esas rejas, para aprender a ejercer mejor su ministerio sacerdotal, para hacer un retiro espiritual en la prisión, algo así como algunos monjes lo hacen en el desierto, etc. (Entre paréntesis recuerdo el disgusto y la envidia que sentí cuando me comunicó que no iba a poder participar —aunque lo deseaba y lo había intentado— en el *Congreso Internacional Ecuménico de Jesuitas y colaboradores seculares*, celebrado en Loyola, del 16 al 19 de julio de 1991, porque estaría interno, como uno más, en un establecimiento peni-

tenciario suizo.) (Cfr. *Eguzkilore. Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología*, núm. 6 extra, San Sebastián, 1993.)

El libro consta de unas páginas introductorias de Pierre Reynaert, director de una prisión belga y colaborador en la Facultad de Criminología en la Universidad Católica de Lovaina, seguidas de tres partes y una conclusión final. En la primera, titulada «Tensiones cotidianas en el interior de los muros», el jesuita transcribe las reflexiones que anotó todos los días, menos siete u ocho. No lo hizo para después publicarlas. Sólo pretendía escribir sus vivencias para conservar la *memoria* de las personas que encontraba, las situaciones que vivía, para discernir ciertas limitaciones y ciertos signos que le ayudaran a indagar el sentido de su compromiso... «Pretendía también, declara, expresarme y recordarme los sentimientos tan diversos en una vida infinitamente difícil de los compañeros, amigos. Al releerlos comprendo que he vivido un retiro espiritual muy intenso» (p. 24). Algún lector diría «más que un retiro... unos ejercicios espirituales de San Ignacio».

Todos los días procuró comportarse de acuerdo con cuatro coordenadas básicas: Ser transparente y permanecer lo más sencillo posible; sin ilusiones de esperar que su presencia cambiaría algo importante; vivir la oración de intercesión: «Yo estoy aquí para ofrecer todo lo que sufren estos hombres; aceptar que media una distancia enorme entre yo y los demás internos: mi libertad. Yo he escogido la privación de libertad por amor, ellos por una sanción judicial».

A los juristas, criminólogos, victimólogos y voluntarios preocupados por las cuestiones prisionales estas páginas nos informan de la realidad cotidiana que viven los privados de libertad y de su inmenso, oculto, dolor, con más objetividad que la mayoría de los Tratados escritos por los especialistas de la «institución total» carcelaria, en terminología de Goffmann, que bien conoce Landenne. Pero aquél y éste son dos escritores muy distintos y distantes. Goffmann hace teoría, muy acertada, pero teoría. Landenne presenta experiencias de carne y hueso; hace surgir sentimientos inesperados de tristeza y amargura al topar con hombres que sufren y hacen sufrir. Sin embargo, al mismo tiempo hace brotar experiencias del gozo misterioso del sacerdote, del pescador de perlas. Perlas vivas, aunque ocultas porque están dentro de unas paredes-conchas sépticas.

Un par de compañeros que han leído este «diario» coinciden en que han experimentado una emoción inusitada, profunda. Entre sus líneas han topado con la ilimitada negrura de lo inhumano instituido, legalizado y, quizás, a veces, bendecido. También indican que la mayor parte del libro puede aplicarse, con diversos matices, a las prisiones de todo el mundo. Excepcionalmente, en algunos aspectos importantes, el personal penitenciario español se hace acreedor de una calificación más humana. Mis colegas indican, por ejemplo, que desde hace seis años no ha habido ningún motín en las prisiones hispanas. Además nuestra legislación, desde la Ley de 1978 (Cfr. Carlos García Valdés, *Del presidio a la prisión modular*, Ópera Prima, Madrid, 1997; Esther Giménez-Salinas, «Autonomía del Derecho Penitenciario. Principios informadores de la Ley Orgánica General Penitenciaria», *Cuadernos de Derecho Judicial*, núm. 33, 1995, 67-104), puede considerarse pionera en relación

con la de muchos Estados europeos. Nuestras cárceles están notablemente más abiertas a la sociedad y a los medios de comunicación. Y son menos criticadas por las instituciones supranacionales, como *Amnistía Internacional* o algunos *Observatorios* académicos.

La segunda parte no se refiere a los tres meses de Bellechasse, sino que informa y desvela –con datos, signos y detalles– cómo Landenne, ayudado por algunas personas religiosas y seglares, han conseguido que dentro de la «*maison pour peine*» de Lantin, con unos 350 condenados a sanciones de larga duración (p. 118), nazca y viva, muera y resucite diariamente, durante tres años (1992-1995), una comunidad cristiana muy parecida a la de las catacumbas romanas. Con rica e inteligente sensibilidad el autor describe la historia de un grupo de internos que se reúnen periódicamente, cada semana, en un «pozo» carcelario, para celebrar –con gran sufrimiento y, a veces, con gran alegría– la presencia de Dios en su corazón. Los rasgos principales de esta iglesia prisional pueden describirse así (pp. 159 ss.): una iglesia-comunidad que dentro de la cárcel oye la palabra de Dios, la escucha en «silencio» y la siente (el «sentir y gustar internamente») de los ejercicios espirituales de San Ignacio); que reúne a los internos de dentro con los familiares y amigos de fuera; un resurgir humano y espiritual que brinda y encuentra sentido a este sufrimiento; una comunidad que mantiene viva la memoria de sus muertos; que suscita gestos concretos de solidaridad y acogida; que está siempre de camino buscando el horizonte y superando los límites; que recuerda al Hermano Roger, de Taizé: «Dios esconde nuestro pasado en su corazón y se cuida de nuestro futuro...».

Landenne logra avanzar a pasos agigantados –probablemente sin saberlo, pues nunca se refiere a ellos– en la dirección de notables jesuitas volcados en atenciones materiales y espirituales a los hombres y las mujeres privados de libertad en tiempos pasados. Algunas páginas sugieren el recuerdo de Friedrich von Spee (1591-1635), y su libro *Cautio criminalis*; de Pedro de León, S. J., capellán de la prisión de Sevilla, donde atendió a su antiguo discípulo en la infancia, Miguel de Cervantes; de Pío Buck, S. J. (1883-1971), que durante 43 años, dedicaba dos o tres días todas las semanas a los internos en la cárcel de Porto Alegre, Brasil; de Samuel Ginori, S. J., fundador de la Capellanía en las Islas Marías, México. (Cfr. Antonio Beristain, «Jesuitas al servicio de los condenados por la “justicia” (1540-1990)», *Eguzkilore. Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología*, núm. 6 extra, junio 1993, pp. 179-205).

Estos jesuitas conocidos públicamente como capellanes penitenciarios no aparecen en el libro de Landenne, pero sí encontramos y varias veces a otro también capellán penitenciario aunque no durante mucho tiempo: Pedro Arrupe. Landenne recuerda su opción fundamental vivida el año 1983 –dedicado entonces a los internos en la cárcel de Lantin– al reflexionar sobre una observación de Pedro Arrupe: «La promoción de la justicia nos exige seguir el ejemplo de Jesús que se dio sin límites y se deja comer... nos tenemos que entregar sin reservas».

La entrega total de Landenne a los privados de libertad le aboca a crisis de comunicación empática con personas que se van alejando de él. Su talante en favor de los internos acentúa la distancia en el trato íntimo con algunos amigos de la compañía de Jesús. Landenne observa una zona de profunda incompreensión e incomunicabilidad con los miembros de su comunidad jesuita. Llega a sentir cierta soledad y quizás cierto resentimiento (pp. 168, 234 ss.). A pesar de todo, desde 1983, Landenne va encontrando respuestas parciales a su opción fundamental, que aumentan y se consolidan durante sus tres meses en Bellechasse.

La última parte analiza, con orden y claridad, algunos problemas importantes y las posibles soluciones del sacerdote que consagra su vida con otros hombres y mujeres en una Capellanía penitenciaria, rodeada e inmersa en dificultades sobrehumanas. Estudia con preocupación tres actividades significativas del sacerdote: acompañar a los detenidos en sus permisos de salida, visitar a los que permanecen en celdas de sancionados y participar en las reuniones del personal penitenciario (pp. 198 ss.).

Expone los pros y los contras para que el sacerdote participe en las reuniones del personal penitenciario cuando tratan de los permisos y/o de las sanciones a los internos. Si puede hacerlo honestamente, debe pedir los permisos penitenciarios, visitar a los sancionados...

Estas páginas del libro pretenden también ofrecer al lector un comentario estructurado acerca de algunas cuestiones puntuales que a Landenne le han preocupado particularmente durante estos años. Él se ve en la Capellanía penitenciaria como un vector con escasa capacidad de comunicación en el interior de la Administración penitenciaria. Considera que puede conseguir pocos logros en la cárcel. Si busca eso, va perdido. Una presa australiana se lo dijo muy claramente: «Si usted pretende ayudarme, perderá el tiempo; pero si viene usted a la cárcel porque ha comprendido que su liberación está vinculada a la mía, entonces, avancemos unidos» (p. 175).

El sacerdote —repite Landenne (p. 177)— sabe que el diálogo de la cárcel va unido con el silencio. A pesar de innúmeros obstáculos, su presencia puede desenterrar la dignidad infinita de todos y cada uno de los internos; llamarlos de verdad sus amigos, sus partners; ayudar a la celebración del misterio de acción de gracias. Tiene que permanecer crítico, apoyado en la Biblia, y en los libros básicos de las grandes religiones, profeta infatigable de la injusticia de la cárcel, como Jesús que se hizo solidario de los marginados hasta llegar a morir en una cruz, propia de esclavos y de rebeldes (pp. 198 ss.).

Antes de llegar a las conclusiones, Landenne vuelve a expresar y analizar, con riqueza psicológica, los problemas del jesuita «social» en la vida comunitaria, en las relaciones públicas con las personas amigas y sobre todo con los compañeros jesuitas. Con frecuencia siente que su compromiso con los internos, con los condenados... le dificulta su cercanía con los amigos. A veces se ve «quemado», y debe cesar en su trabajo, reconocer sus límites, como Dios cuando dejó de trabajar el séptimo día (pp. 237 ss., 249-255). También considera oportuno encontrar lugares y espacios (estas dos palabras se repiten en muchas páginas, quizás como memoria inconsciente y positiva del *Raum* hei-

deggeriano y de Chillida) con personas que acojan el mensaje evangélico con paz, calor, ternura, humor... (pp. 239 ss.). No elude las contradicciones, ni las incertidumbres. Reflexiona –con experiencia bifronte, como preso y como miembro de la Capellanía– sobre las cuestiones básicas y las más difíciles de política criminal y política penitenciaria. Conoce bien las opiniones y doctrinas de los especialistas universitarios, que cita oportunamente (pp. 45, 130, 182, 214, 231, 246...). Se cuida de proponer soluciones ilusorias o apasionadas o exageradas o utópicas. Un sistema penitenciario apoyado sobre los tres dogmas tradicionales, pero todavía no superados, «short, sharp, shock» –de corta duración, con dureza o severidad, chocante como «la naranja mecánica»–, nunca logrará los fines humanos que en teoría se propone. Ciertamente debe procurarse que las penas sean lo más cortas posible.

Por su valor pionero, merece destacarse el capítulo dedicado a las nuevas e innovadoras doctrinas y *praxis* de la reparación que los victimarios deben a las víctimas y las transformaciones que el sacerdote (Buen Samaritano) y la Capellanía penitenciaria deben tener en cuenta a este respecto en el ámbito prisional (pp. 312-332). (Cfr. Antonio Beristain, *Victimología. Nueve palabras clave*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2000, pp. 293 ss., 527 ss.)

Al terminar de leer este libro se cae en la cuenta de la necesidad de que haya más criminólogos y más psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales, educadores, etc., en las cárceles. Quien trabaja en las prisiones debe ser consciente de que necesita estar bien formado en las diversas ramas de la ciencia penitenciaria y ha de cultivar ante todo la fraternidad, pero es una fraternidad paradójica: amarga, muy amarga, y también gozosa. Es gozosa porque el que colabora en las instituciones privativas de libertad ha de tener el talante de que no va a la cárcel para ayudar y liberar al preso, sino para ayudarse y liberarse él con el preso.

También viene a la memoria la poesía de Pedro Salinas, «El inocente»: ...«No soy mi crimen, aunque en mí se hizo / No soy mi sombra. Viene leve un hilo / de voz que sale de la noche / a distinguirme a mí de mi pecado. / Me llama mi inocente. ¿Desde dónde?».

Antes de poner punto final, manifiesto mi deseo de que pronto se traduzca este libro al castellano. También quiero expresar, a mi amigo Philippe Landenne, S. J. y a sus colegas, un profundo agradecimiento en nombre propio y en nombre de muchas personas que conozco en las prisiones de España, Europa y las Américas, y de sus familiares y amigos, sin olvidar a quienes colaboran inteligente y generosamente en el Voluntariado, cada día con más formación y eficacia. Este libro brindará consuelo en los muchos días de desesperación, iluminará mirando al futuro, desde la ciencia y desde la espiritualidad. La persona «interna» es la sede privilegiada de lo espiritual y lo espiritual brinda y aporta sentido eficiente –cotidiano y postrero– a la persona privada de libertad.

Alguien puede pensar que los funcionarios penitenciarios deben pedir, de vez en cuando, perdón a los presos y las presas porque, aunque cumplan sus deberes con sumo cuidado y sumo respeto a la dignidad de los privados de libertad, colaboran en una institución y unas estructuras que, en cierto sen-

tido, llevan dentro un cáncer. Pero el cáncer no es la prisión. Ésta, como el «ser» —*das Sein*, de Karl Rahner— es intrínsecamente buena, aunque con limitaciones negativas, pero con energías transformadoras rilkeanas. Recordemos, además, que en todas las prisiones hay personas muy parecidas a Philippe Landenne.

ANTONIO BERISTAIN, S. J.

Catedrático Emérito de Derecho penal
San Sebastián

P. D. Antes de «apagar» el ordenador siento la necesidad de comentar algo sobre el *ens, verum, bonum*, sobre el «ser», su «cognoscibilidad» y su «bondad» intrínseca. Convendría añadir —aunque no es posible aquí, por falta de espacio— unas consideraciones en relación con el capítulo quinto del Evangelio de san Mateo: «Dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de Dios. Dichosos los afligidos porque serán consolados». Linda con la verdad y con el misterio el afirmar que la dicha y la felicidad no andan lejos de la pobreza y la aflicción. K. Rahner en su homilía a los capellanes penitenciarios insiste que Dios encuentra mucho sitio en el vacío, en la nada, en el dolor de la cárcel. Landenne, cuando «está con los presos», se considera un pescador de perlas preciosas de sumo valor, aunque despreciadas por la sociedad, pero Dios las escoge para su Reino.